



Poemas

861.6 SAN

Eloy Sánchez Rosillo

861.6
844

Col·lecció Poesia de Paper

64

Poemas

Eloy Sánchez Rosillo


Universitat de les
Illes Balears
Servei de Biblioteca
i Documentació
Edifici Ramon Llull

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5101121598

Col·lecció Poesia de Paper

64

Poemas

Eloy Sánchez Rosillo

Palma, 1997



Universitat
de les Illes Balears

Servei
de Biblioteca
i Documentació

© del text: l'autor, 1997

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 1997

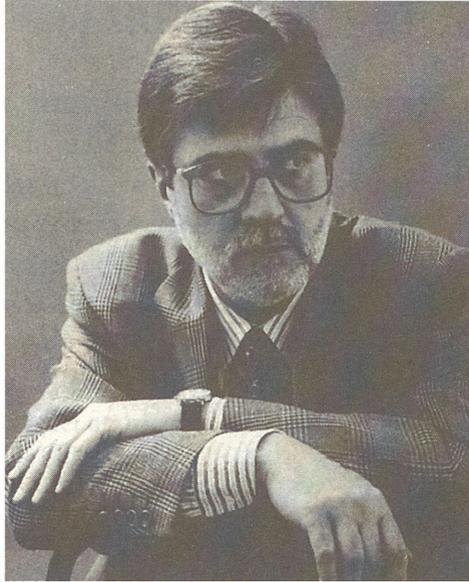
Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro, Perfecto Cuadrado i Albert Ribas

Disseny: Jaume Falconer

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: Taller Gràfic Ramon. Carrer de Jaume Balmes, 39 i 43. 07004 Palma

DL: PM/1926-1997



Eloy Sánchez Rosillo nació en Murcia, el 24 de junio de 1948. Se dio a conocer como poeta al obtener el Premio Adonais de 1977 con su libro *Maneras de estar solo* (Rialp, Madrid, 1978). Después ha publicado otros cuatro libros de poemas: *Páginas de un diario* (El Bardo, Barcelona, 1981), *Elegías* (Trieste, Madrid, 1984), *Autorretratos* (Península/Edicions 62, Barcelona, 1989; segunda edición, 1989) y *La vida* (Tusquets, Barcelona, 1996). En 1992 apareció en la colección La Veleta *Las cosas como fueron (1974-1988)*, primera recopilación de toda la poesía del autor (Comares, Granada; segunda edición, 1995). Es profesor de literatura española en la Facultad de Letras de Murcia.

TARDE DE JUNIO

Ahora, juntos, vivimos la hermosura

de esta tarde de junio,
el fulgor de las horas en que nos entregamos
al conocimiento de la verdad del amor,
a la gran llamarada del encuentro.
Ahora sabemos que toda la alegría
cabe en el mundo breve de esta habitación,
en el espacio ardiente de este lecho.
La luz cansada del atardecer
dibuja sobre el tiempo islas doradas.
En un rincón del cuarto
brilla la enredadera de la música.
Un viento súbito sacude nuestros cuerpos,
y lo olvidamos todo.
Después regresan las miradas lentas,
los gestos satisfechos, las sonrisas.
Y luego contemplamos en silencio
con qué dulzura va cayendo la noche
sobre la indiferente ciudad que nos rodea.

(De Maneras de estar solo)

MELVILLE, EN LA ADUANA

Cuanto más pertenece un hombre a la posteridad, es decir, a la humanidad en su conjunto, más desconocido es de sus contemporáneos... La gente reconoce más fácilmente al hombre que sirve a las circunstancias de su breve hora o al humor del instante al que pertenece y en el que vive y muere.

SCHOPENHAUER

Después de dieciocho largos años

de acudir día a día a esta oficina inevitable,
ya casi estoy conforme con mi extraño destino:
todo lo acalla el tiempo, y aquella voz que hasta hace poco,
de manera insistente, me instaba a terminar
de una maldita vez con todo esto,
ahora apenas la escucho, y cuando la oigo a veces
no me dejo engañar y me agarro con fuerza
a los sensatos brazos de este viejo sillón
para negarme al canto de las sirenas ya imposibles.
Pesan mucho los años, y las miserias de la edad
—estos ojos tan torpes, la lucha de los huesos por seguir
manteniéndome—
dictan a mis ruinas el horror de su ley.
Aunque alguna vez sienta, en días como éste, por ejemplo
—no sé por qué; puede ser que hoy se deba a la influencia
del otoño magnífico que desnuda los parques
de esta ciudad terrible—, una acrecida repugnancia
por mi aburrido empleo y la tristeza de sus símbolos

(las oscuras maderas de este despacho, el polvo que cubre los absurdos papeles archivados, las desvaídas manchas de tinta que los años dejaron caer en el paisaje inhóspito de mi vieja carpeta); y paso largos ratos abstraído, pensando con envidia en la silenciosa lucidez del pobre Bartleby, o en los días espléndidos de mi lejana juventud, aquellos años libres —también desesperados— en que me hice a la mar para poner remedio a mis males de entonces: esas turbias ideas que me hacían contemplar con evidente agrado la imagen del suicida, de la bala en mi sien. Ahora sé que esos años fueron tal vez los únicos en que viví de veras, con la locura y el coraje de un ser libre y divino.

Y lo demás ha sido muerte, o vida recordada, esa otra forma más triste de ir muriendo, pues el recuerdo de la dicha nunca es la dicha misma, sino la elegía de una desposesión.

Y todos esos libros que escribí con dolor no son más que cenizas de aquel fuego intensísimo, los restos del naufragio de mi insensata mocedad.

Por eso a veces me pregunto si mereció la pena el empeño que puse en mi carrera de escritor, el desolado oficio al que entregué la década más triste de mi vida

y que después abandoné (no porque mi fracaso así lo aconsejara, puesto que siempre quise hacer, precisamente, esos libros de los cuales la estupidez contemporánea, con suficiencia obtusa, dice que han fracasado, sino porque el oscuro territorio que un día me propuse explorar hasta el fin allí se terminaba, y es aburrido vivir más de una vez una misma aventura). Hace ya mucho tiempo que nada he publicado, y sólo en ocasiones, cuando siento necesidad de hablar conmigo mismo, tomo la pluma y escribo algunos versos a nadie destinados, pero que a mí me sirven para no estar tan solo en los helados páramos de la vejez.

En ellos y en los libros de algunos hombres que amo —sobre todo en las obras de William Shakespeare, tan sólo comparables a la hermosura infinita de las azules aguas que navegué en mi juventud—, hallo la compañía que casi nunca tuve.

Y así, serenamente, van pasando los días que sin pausa me acercan al silencio y la paz de la esperada sombra.

(De Páginas de un diario)

AVISO DE CAMINANTES

En la suma de días indistintos
que la vida da al hombre, acaso hay uno
en que el destino, trágico y hermoso,
pasa por nuestro lado y el azar manifiesta
una insólita luz, un desusado
fulgor inconfundible.

Pero no has de dudar. Ten el coraje,
cuando llegue el momento,
de abandonar las cosas con que siempre
te engañó la costumbre, y sube pronto
a ese carro de fuego.

Poco dura
el milagro.

Después, si te negaras
a partir, sólo noche
merecerás. Y nunca, aunque quisieras,
podrás comprar la luz que despreciaste.



A LO LEJOS

Una niña —qué lejos— me sonrío.
Y, desde allí, me mira.
Infancia de mi madre.
Vieja fotografía.



EPITAFIO

Detened, caminantes, vuestros pasos.
Sabed que aquí reposa alguien que amara mucho
La hermosura del mundo: los árboles, los libros,
La música, el verano, las muchachas.
No preguntéis quién fue, ni desde cuándo
Es ya silencio, olvido de las cosas.
En la tierra que cubre sus despojos
Plácidamente descansad un rato.
Y proseguid después vuestro camino
Bajo el propicio sol que en su noche os desea.

(De Elegías)

DESPUÉS DE LA FIESTA

En cuántas ocasiones te has dicho que la vida
no te ha tratado mal, que, a fin de cuentas,
eres un hombre afortunado.

Pero,
a qué engañarse. Déjate de historias.
Esta noche no puedes conformarte
diciéndote lo mismo que otras veces
—con no poco optimismo— te dijiste.
Alguien que no eras tú se fue con ella
cuando la fiesta terminó.

Hace frío
en las calles sin nadie de la ciudad. Y vuelves
de madrugada a casa. Y estás solo.

LA PLAYA

Nadie podrá quitarme —me digo— la ilusión
de soñar que ha existido esta mañana.
Se ha detenido el tiempo: oigo tu risa,
tus palabras de niño. Nunca he estado
tan conforme con todo, tan seguro
de mi alegría. Juegas junto al agua, y te ayudo
a recoger chapinas, a levantar castillos
de arena. Vas corriendo de un sitio para otro,
chapoteas, das gritos, te caes, corres de nuevo,
y luego te detienes a mi lado y me abrazas
y yo beso tus ojos, tus mejillas, tu pelo,
tu niñez jubilosa. El mar está
muy azul y muy plácido. A lo lejos,
algunas velas blancas. El sol deja
su oro violento en nuestra piel.

Me digo
que es cierto este milagro, que es verdad
el inmóvil fluir de la quieta mañana,
la ilusión de soñar el remanso dulcísimo
en el que acontecemos como seres
dichosos de estar vivos, felices de estar juntos
y de habitar la luz.

Pero escucho, de pronto,
el ruido terrible y oscuro y velocísimo

que hace el tiempo al pasar, y la firmeza
de mi sueño se rompe; se hace añicos
—como un cristal muy frágil— la ilusión
de estar aquí, contigo, junto al agua.
El cielo se oscurece, el mar se agita.
Siento en mi sangre el vértigo espantoso
de la edad: en un instante, transcurren muchos años.
Y te veo crecer, y alejarte. Ya no eres
el niño que jugaba con su padre en la playa.
Eres un hombre ahora, y tú también comprendes
que no existió, ni existe, ni existirá este día,
la venturosa fábula de mis ojos mirándote,
la leyenda imposible de tu infancia.
Estás solo, y me buscas. Pero yo he muerto acaso.
Somos sombras de un sueño, niebla, palabras, nada.

UNA MUCHACHA

Ha salido, tal vez, de su casa hace un rato.

No va a ninguna parte. Da gusto, en primavera,
pasear a estas horas sin rumbo, mientras cae
la tarde lentamente y vuelan los vencejos
en la luz que declina. Ha estado en un jardín;
pasó por una plaza y por una alameda.
Tiene ganas de andar. Ahora, el azar la trae,
despacio, hasta mi calle. Yo, aburrido, me asomo
a un balcón de mi casa, y, al mirar hacia abajo,
la veo venir. Tendrá veinte años apenas.
Camina con la gracia que regala la vida
a quien es bello y joven: gloria breve del cuerpo;
milagro de lo efímero, que cifra en su relámpago
visos de eternidad. Ajena a mi mirada,
se va acercando. El oro del sol último brilla
en su piel, en sus ojos, en el dulce desorden
oscuro de su pelo. En este instante, cruza
de una acera a la otra. No sabe que la observo,
que su fugaz presencia me hace feliz. Ahora,
pasará por la puerta de la casa en que vivo.
Ya llega. Ya ha pasado. Y sigue. Y va alejándose.
Dentro de unos momentos doblará aquella esquina.



Universitat
de les Illes Balears
Servel
de Biblioteca
i Documentació

CASTA DIVA

Siempre que hay luna llena

y estoy solo y contemplo con unción cómo el astro
lentamente recorre su camino en el cielo,
vuelvo a una noche de mi adolescencia
que no he olvidado nunca.

Era verano, y, como de costumbre,
estaba yo con mi familia
—mi madre y mis hermanos; ya había muerto mi padre—
en el campo, en la casa que otras veces
he dicho en mis poemas: aquella casa blanca
que hicieran mis mayores en el centro
de una antigua heredad.

Anohecía.

Me encontraba sentado en un sillón de mimbre,
al lado de la puerta de la casa. Cerré
el libro en que leía, porque ya no quedaba
luz apenas.

Entonces,
mis ojos se encontraron, de improviso,
con la luna: iba alzándose
—roja y redonda, enorme, misteriosa—
allá, a lo lejos, en el horizonte.
Y yo, sobrecogido, contemplaba
su solemne hermosura.

Poco a poco,
ascendía en el cielo. Y, al elevarse, fue
cambiando de color: pasó del rojo
al amarillo, y, luego, al blanco puro.
La noche se cerró. Titubeantes,
surgieron las estrellas. El tiempo, remansado,
era un silencio lleno
de tierna luz, de intimidad, de dicha.

Una sirvienta vino
a llamarme: la cena ya esperaba.
Y entré en la casa y me senté a la mesa
con los míos.

Más tarde,
tras un rato de alegre charla, llegó la hora
de acostarse, y nos fuimos retirando
a nuestras respectivas alcobas.

Al entrar
en la que yo ocupaba, observé con sorpresa
que la luz de la luna penetraba a raudales
por la abierta ventana.

Me acosté,
mas no pude dormirme. Daba vueltas
y vueltas en el lecho. Y miraba, hechizado,
la dulce claridad que iluminaba
las sábanas, mi cuerpo, el cuarto todo.

Al fin,

decidí levantarme.

Presté atención: dormían
mi madre y mis hermanos. Podía oírse,
en el silencio, cómo respiraban
con placidez.

Despacio, sigiloso,
anduve a tientas en la oscuridad.
Y, al cabo, hallé la puerta
que buscaba. La abrí. Y, furtivamente,
abandoné la casa.

Estaba el campo
empapado de luz, lleno de aromas
y de sosiego. Sólo se escuchaba
el canto de los grillos, el ladrido
de algún perro lejano. En la quietud nocturna,
todo callaba, toda cosa era
paz y recogimiento.

La bóveda celeste
palpitaba. Los astros
no eran mundos distantes: colgaban en racimos
sobre el campo, brillaban
encima de mis ojos, allí mismo, a mi alcance,
como frutos de plata que la noche ofreciera
a mis ingenuas manos.
El plenilunio estaba en su momento
de máximo esplendor. La luna, quieta

[Empty box]

en el centro del cielo, me miraba
como mira una madre, con mucho amor, y ungía
con su luz mi inocencia.

Todo mi ser vibraba, entregado al misterio
de aquella noche mágica. Y caminé sin rumbo
por los campos, henchido el pecho
de emoción, de entusiasmo; ebrio mi espíritu
del divino fulgor que me daba la luna.

Yo era en aquel entonces casi un niño,
apenas un muchacho que conservaba intacta
su original pureza.

Mi vida estaba unida a la verdad del mundo
por un hilo secreto.

Y en mi sangre latía la música que mueve
a la gran muchedumbre de los seres creados.

Pasaron en un soplo las horas. Y la luna
se hallaba ya en la parte descendente
del arco que trazaba ella misma en el cielo.
Su luz era más pálida. Y las estrellas iban
poco a poco apagándose.

Volví en mí de aquel éxtasis, de aquel sueño hermosísimo
que soñara despierto.

Y como quien retorna

de un viaje muy largo y muy dichoso,
con los ojos alegres

y con el alma llena de indecible ventura,
regresé yo a mi casa.

Abrí la puerta
con cuidado. Aún estaban
todos durmiendo. A oscuras, de puntillas,
fui andando hasta mi cuarto.

Me eché sobre la cama.

Por la ventana abierta
empezó a entrar la aurora. Ya cantaban los pájaros.

(De *Autorretratos*)

DESDE AQUÍ

Esta extraña pendiente por la que voy bajando
discurre entre la niebla. Ya no recuerdo bien
si hubo sol matinal en el ascenso,
ni si era aquella cima en la que luego estuve
el centro mismo de la luz. Ahora
doy pasos con cuidado; todo es aquí confuso.
Me he perdido en el tiempo. Avanzo y retrocedo,
y no consigo asir las formas puras
del existir en las que me apoyaba
cuando era el mundo y las cosas tenían
principio y fin, definición, contornos.
No hay ayer, ni presente, ni mañana.
¿En qué lugar del tiempo va extendiéndose
la bruma que me envuelve? El antes es después,
lo que pasó no ha sido, lo que aún
ha de venir acaso está ocurriendo.
¿Quién soy? ¿Quién desde dentro de mí me desconoce?
¿Fui niño un día, o fabulé una historia
que en los malos momentos a vivir me ayudara?
Entreveo a lo lejos un verano
que no tuvo comienzo, y no termina
(siempre es verano cuando rememoro
desde la oscuridad la luz primera):
una casa en el campo; estoy jugando junto
a la acacia que da sombra a la puerta;

mi madre cose o lee cerca de mí y me mira
con los ojos más dulces y más limpios
que yo haya visto nunca. Y de pronto no existen
aquella casa blanca, los almendros, la viña,
las galeras cargadas con costales de trigo
bajo el fulgor de agosto, y no está ya mi madre
mirándome. Un muchacho escribe en un cuaderno
sus primeros poemas; es de noche; la luna
entra por la ventana de su cuarto;
miradle trabajar: qué emoción en su pecho,
cómo en sus manos arde la vida que quisiera
decir en el papel. Mas va llegando
poco a poco la aurora a la ciudad,
y el cuarto que hemos visto está vacío;
parece que jamás se hubiera hallado
en esta habitación aquel adolescente
que en la noche escribía. Una muchacha pasa
junto a mí, y se detiene; de ilusión están llenos
sus ojos tan azules, su sonrisa. Empezamos
a andar por un camino. ¿A qué sitio nos lleva?
De súbito, transcurren muchos años.
¿Dónde surge el amor? ¿Cuándo se extingue?
Un niño está sentado sobre esa alfombra; juega
con sus juguetes; grita y hace palmas
al contemplar la innumerable tropa
de fieros monigotes que ha dispuesto
ante sí en rigurosa formación de combate.

Y yo asisto al milagro de su infancia; reímos
con la risa más neta, y, abrazados,
hijo y padre rodamos por el suelo
mientras sucede lenta, lentamente,
una mañana de la primavera.
Pero en un solo instante se ha cerrado la noche;
crecen las sombras, y es invierno, y llueve,
y no hay nadie en mi casa. ¿Qué ha pasado?
¿Qué fue del niño aquel que con su risa
me unía a una verdad tan verdadera?
¿Y qué ha sido de mí, de los seguros
convencimientos que me sostenían?
Un extraño me habita. En los espejos veo
la mirada perpleja, interrogante,
de un rostro ajeno, de alguien que en nada se parece
al que fui alguna vez. No sé si estoy soñando,
no sé si estoy despierto, si imagino o recuerdo.
Quizás siempre soñamos. Vivo en la incertidumbre.
Me he perdido en el tiempo. Doy pasos en la niebla,
y a tientas voy bajando la pendiente insegura.
Todo acontece ahora deprisa, muy deprisa;
imágenes, sucesos, entelequias,
se apagan, se iluminan, van y vienen.
¿Qué es antes? ¿Qué es después? ¿Quién entrelaza,
ordena y desordena las horas de mi vida?
La realidad y el sueño y la memoria,
¿dónde empiezan y acaban?

ROMA, 1984

Me ha despertado, al alba, este alboroto hermoso de la tormenta. Está el cielo de Roma lleno de fuegos súbitos, de estrépitos, de vientos, de grandes nubes negras que se empujan, que entrelazadas giran hasta romperse y dejan caer el agua a cántaros. Contemplo con mucho gozo desde la ventana del cuarto que ocupo en este hotel, en este Albergo dei Portoghesi, el don que para mí supone siempre la lluvia. No podría el verano —transcurre agosto— darme otro presente que más ilusión me hiciera. Nos fatiga todo lo que no cambia, y empezaba a cansarme de los días azules que sin pausa se han ido sucediendo. Agradecen los ojos y el corazón esta tormenta que hoy hace que todo sea, de pronto, diferente. Baja el agua del cielo. Desde aquí la veo resbalar sobre la vieja cúpula de esa iglesia —la iglesia recoleta de Sant'Antonio— y correr por los tejados y azoteas del barrio. La mañana avanza, pero apenas puede la luz del día abrirse paso. Hay en el aire oscuro un presagio de otoño que me pone en el pecho cierta vaga tristeza.



Siento ya
nostalgia de estas horas. Cuando los años pasen,
ocurrirá de nuevo en mi memoria
una antigua tormenta de verano. La lluvia
de esta mañana líquida de Roma
será entonces la lluvia que alguien irá escribiendo
con emoción y con melancolía.

LA LUZ

No se puede prever. Sucede siempre cuando menos lo esperas. Puede pasar que vayas por la calle, deprisa, porque se te hace tarde para echar una carta en correos, o que te encuentres en tu casa por la noche, leyendo un libro que no acaba de convencerte; puede acontecer también que sea verano y que te hayas sentado en la terraza de una cafetería, o que sea invierno y llueva y te duelan los huesos; que estés triste o cansado, que tengas treinta años o que tengas sesenta. Resulta imprevisible. Nunca sabes cuándo ni cómo ocurrirá.

Transcurre tu vida igual que ayer, común y cotidiana. «Un día más», te dices. Y de pronto, se desata una luz poderosísima en tu interior, y dejas de ser el hombre que eras hace sólo un momento. El mundo, ahora, es para ti distinto. Se dilata mágicamente el tiempo, como en aquellos días tan largos de la infancia, y respiras al margen de su oscuro fluir y de su daño. Praderas del presente, por las que vagas libre de cuidados y culpas. Una acuidad insólita

te habita el ser: todo está claro, todo
ocupa su lugar, todo coincide, y tú,
sin lucha, lo comprendes.

Tal vez dura
un instante el milagro; después las cosas vuelven
a ser como eran antes de que esa luz te diera
tanta verdad, tanta misericordia.
Mas te sientes conforme, limpio, feliz, salvado,
lleno de gratitud. Y cantas, cantas.

PRINCIPIO Y FIN

Puede ser que te digas: «El verano que viene quiero volver a Italia», o: «El año que hoy empieza tengo que aprovecharlo; con un poco de suerte acabaré mi libro», y también: «Cuando crezca mi hijo, ¿qué haré yo sin el don de su infancia?». Pero el verano próximo, en verdad, ya ha pasado; terminaste hace muchos años el libro aquel en el que ahora trabajas; tu hijo se hizo un hombre y siguió su camino, lejos de ti. Los días que vendrán ya vinieron. Y luego cae la noche. A la vez respiramos la luz y la ceniza. Principio y fin habitan en el mismo relámpago.

(De *La vida*)

L'autor ha llegit aquests poemes al Centre de Cultura «Sa Nostra»

el dia 1 de desembre de 1997



Universitat
de les Illes Balears

Servei
de Biblioteca
i Documentació

27. FRANCISCO J. DÍAZ DE CASTRO. *Noches de hotel*
28. MIQUEL CARDELL. *Les terrasses d'Avalon*
29. FELIPE BENÍTEZ REYES. *Poemas*
30. BARTOMEU FIOU. *Canalla contra establishment*
31. MARIÀ VILLANGÓMEZ. *Entre la mar i el vent*
32. CÉSAR ANTONIO DE MOLINA. *Poemas*
33. LUIS ALBERTO DE CUENCA. *Poemas*
34. M. LÓPEZ CRESPI. *L' obscura ànsia del cor*
35. SEBASTIÀ ALZAMORA. *Formes del cercle*
36. ÀNGEL CAMPOS PÁMPANO. *Poemas*
37. LUIS MUÑOZ. *Poemas*
38. JUAN BARJA. *Las noches y los días*
39. ANTONIO GAMONEDA. *Poemas*
40. ÁLVARO SALVADOR. *Diez de últimas*
41. ÀNGEL TERRON. *Al·lotropies*
42. JAVIER JOVER. *Urano en la casa doce*
43. RAMIRO FONTE. *Poemas*
44. ÀNGEL GONZÁLEZ. *Poemas*
45. JOAQUÍN BENITO DE LUCAS. *Poemas*
46. DAMIÀ HUGUET. *Les flors de la claror*
47. ENRIC SÒRIA. *Poemes*
48. JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN. *Cuaderno de Valldemossa*
49. JORDI VIRALLONGA. *Con orden y concierto*
50. DIEGO SABIOTE. *Las nubes eran blancas*
51. JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ. *Poemas de la bahía*
52. JOSÉ CARLOS ROSALES. *Club náutico*
53. FRANCISCO BRINES. *Selección de poemas*
54. JEAN SERRA. *Poemes*
55. VICENTE GALLEGO. *Poemas*
56. ÀNGELES MORA. *Canto de sirenas*
57. XAVIER RODRÍGUEZ BAIXERAS. *Poemas*
58. CARLOS MARZAL. *Poemas*
59. MARIA VICTORIA ATENCIA. *Poemas*
60. RAFAEL JUÁREZ. *Lo que vale una vida*
61. ANA ROSSETTI. *Poemas*
62. ANTONI VIDAL FERRANDO. *Poemes*
63. JAIME SILES. *Poemas*

